

ala delta

Blanca ÁLVAREZ  
M. Cruz L. PINTOR

## EL LADRÓN DE PLUMAS



Doña Concha tiene ocho preciosos patitos azulingros, todos con su brillante pluma azul en el pecho. Todos menos Nacho, el benjamín. Al enterarse de que un coleccionista se la arrancó, el pequeño Nacho se empeña en recuperarla.

Blanca Álvarez nos ofrece una entrañable historia sobre la intolerancia y la falta de respeto de las personas para con los animales, e incluso para con sus seres más queridos.

—Mamá, ¿por qué yo no tengo una pluma azul en el pecho como el resto de mis hermanos?

Nacho miró a doña Concha, la orgullosa pata azulingro madre de ocho patitos. Todos con su brillante pluma azul en el pecho verde. Todos menos Nacho, el benjamín.

—Te la robaron, hijo.

—¿Quién? —preguntó Nacho sorprendido.

—Un hombre.

—¿Un hombre? Mamá, esto es una reserva protegida, los hombres no pueden entrar aquí.

—Pero lo hacen.

—¿Y para qué querría un hombre mi pluma?

No hubo respuesta, sólo un abrazo. Mientras tanto, don Mingo, un gato grandote y viejo que vivía con el guardián de las marismas, se acercó a saludarlos.

—Buenos días, familia. ¿Qué hay de bueno?



—¡Ay, don Mingo! Mi hijo Nacho anda queriendo saber qué le pasó a su pluma — dijo doña Concha, muy apurada.

—Vaya, vaya, con el pequeño. ¿Ésa es la causa de tu cara de enfado?

—Don Mingo, usted que lo sabe casi todo de la vida y de los humanos, que hasta vive con uno de ellos sin problemas, ¿no sabe por qué se llevaron mi pluma?

—Lo más probable es que el ladrón la tenga en su casa. Algunos humanos tienen una rara costumbre que llaman coleccionismo.

—¿Cole... qué?



—Coleccionismo, querido Nacho. Consiste en gastar un montón de tiempo y de energías para hacerse con el mayor número posible de ejemplares de algo, lo mis-

mo plumas de azulingro que cualquier otra cosa; incluso animales enteros.

—¿Para qué?

—Pues, en realidad, para nada. Por puro placer, como si fueran trofeos.



Nacho se quedó en silencio unos minutos. En su joven cabeza no encajaba esa curiosa costumbre de los humanos.

—Iré a buscar mi pluma —aseguró.

—¿¡Qué!?! —Doña Concha miraba al pequeño y se le ponía pálido el verde plumaje—. Pero si nunca has salido de las marismas... Ni siquiera sabes dónde ir...

—Don Mingo me ayudará.

—¡Un momento, chaval! A mí no me metas en semejante fregado, que bastante me cuesta ya vivir en paz con uno de esos humanos como para buscarme complicaciones.

—Entonces tendré que ir solo.

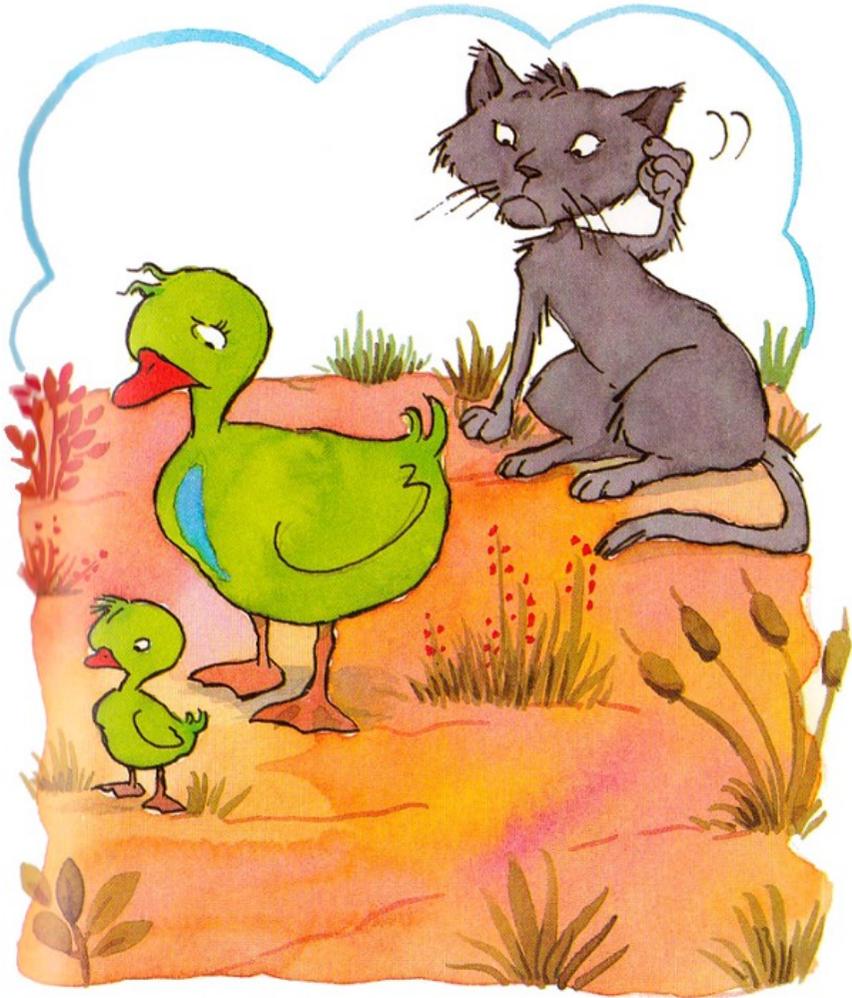
«Este pato está majara», pensó el gato, atornillándose la sien con una pata.

Doña Concha sabía que, por más que tratara de impedirlo, Nacho iría en busca de su pluma. Además tenía todo el derecho del mundo a intentar recuperarla.

—Don Mingo, creo que será mejor que ayude a mi hijo a encontrar a ese maldito ladrón de plumas.

«¡Ahora se ha vuelto loca hasta la madre! No sabe dónde se va a meter», se dijo el gato. Y añadió:

—¡Imposible! El ladrón es el Coronel. Guarda su colección como un tesoro, la vigila día y noche, y nos convertiría en uno de sus trofeos.



—Regresaré con mi pluma o no lo haré nunca.

Las lágrimas de doña Concha ablandaron el corazón del gato, que terminó por aceptar.

—Está bien. Pero quiero que quede clara una cosa: si te acompaño, harás todo lo que te diga. Yo seré el jefe de la expedición, y ni por un momento sueñes con hacer tu santa voluntad.



Y así fue como, al día siguiente, cuando apenas había salido el sol, Nacho y don Mingo se despidieron de doña Concha y comenzaron a caminar por las marismas.

El gato lo hacía con aires de buque mercante. Nacho intentaba seguir sus pasos, sin conseguirlo, porque lo suyo era nadar.



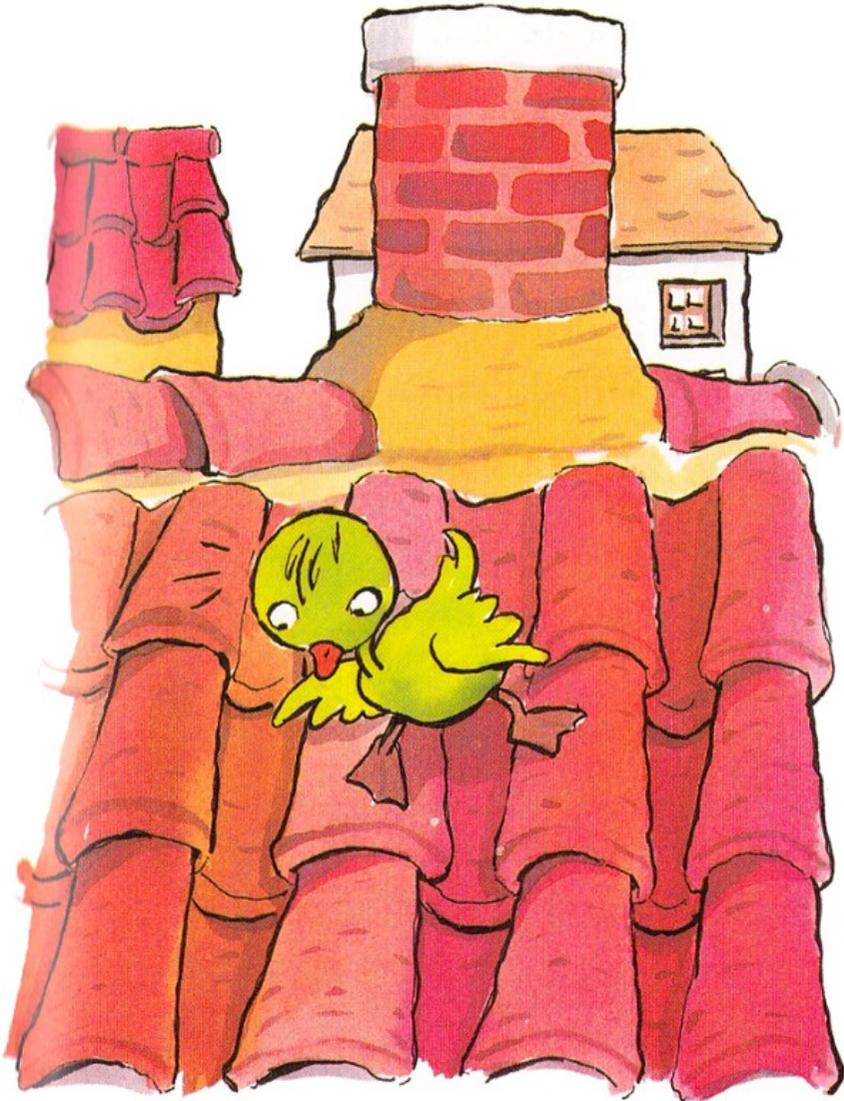
Llegar hasta la casa del Coronel no fue tarea fácil.

Para no llamar la atención por las calles, llenas de gente a aquella hora, tuvieron que acercarse saltando de tejado en tejado, cosa normal y divertida para los gatos, pero un verdadero tormento para los patos.

Mientras don Mingo se preguntaba cómo entrarían en la casa sin ser vistos, Nacho actuó por su cuenta.

El viejo y sabio gato le había advertido de los peligros que corrían y le había exigido obediencia, pero Nacho se coló en la casa.

—¡Condenado pato! —Maulló don Mingo.



Apenas terminó de decirlo cuando escuchó un tremendo revuelo en el interior. Escondido tras las cortinas, trató de averiguar qué ocurría.

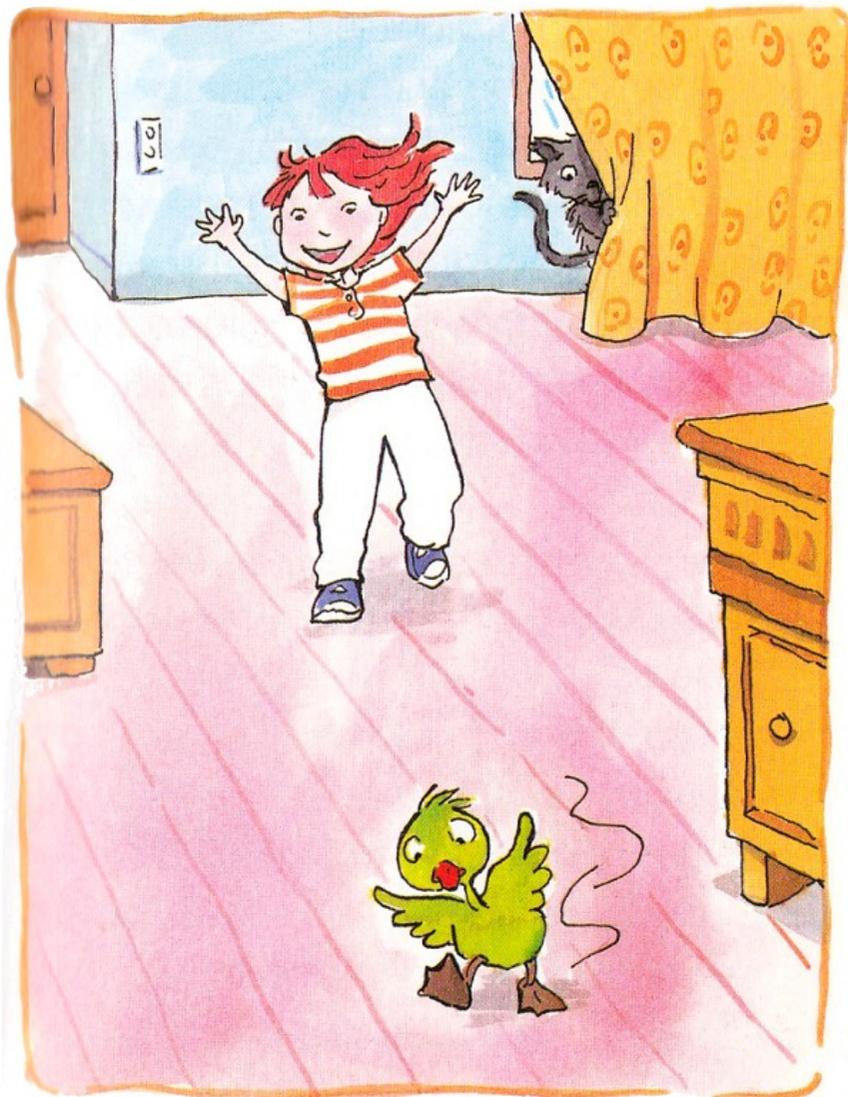
—¡Qué hermoso patito!

Una niña de largos cabellos rojos trataba de dar alcance al asustado Nacho, que patinaba sobre el brillante suelo de

madera y no encontraba el modo de escapar de aquella pequeña obstinada en perseguirlo sin dejar de sonreír.

—Vamos, bonito, no te asustes. Sólo quiero acariciar ese plumaje tan hermoso. ¿Cómo has llegado hasta mi casa?

—De milagro, de puro milagro y mala suerte.



Gritaba el pato desesperado, sin que Lara (así se llamaba la niña) lo entendiera. Pues aún no se ha encontrado el modo de que animales y niños comprendan sus diferentes lenguajes.

—¡Don Mingo, don Mingo, socorro!



Y Lara escuchando:

—¡Cua, cua, cua!

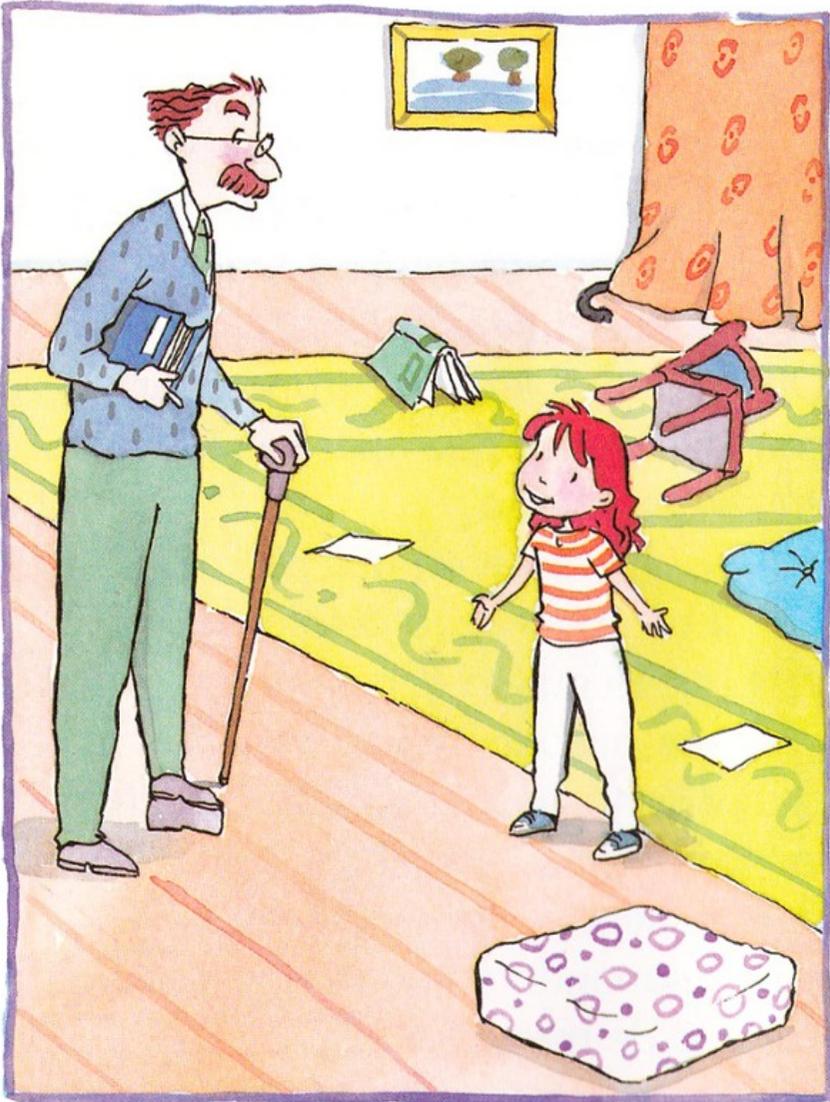
«¡Menudo marrón!», pensaba don Mingo.

Pero conocía bien a Lara, y sabía que no era peligrosa. Otra cosa hubiera sido tropezar con el Coronel, que aparecía justo en ese momento.

—¿Qué pasa en mi casa? —Gruñó.

El propio Nacho dejó de correr y se quedó quieto debajo de un sofá.

Lara puso la mejor y más inocente de sus sonrisas mientras se escuchaban los pasos de su abuelo: uno silenciado por la suela de goma del zapato y otro sonando como el acero sobre el suelo de madera.



—¡Hola, abuelito!

—¿A qué venía tanto jaleo, Lara?

—¿Jaleo? ¡Ah, ya! Estaba jugando yo sola al escondite. Como no dejas que su-